

EL IDEAL MODERNO

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES Y GENERALES. — Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Noticias y Anuncios.

Año I.

MATARÓ. -- Domingo 6 de Noviembre de 1884.

Núm. 14

PRECIOS DE SUSCRICION

En toda España, al mes. 1 pta.
En el extranjero. 2'50

PUNTOS DE SUSCRICION

MATARÓ: en la Administracion, calle de S. José, núm. 34.—

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Para los suscritores á precios convencionales.
Para los no suscritos á 25 céntimos la línea de los anuncios, y á 50 céntimos la de los remitidos.

¡OJO A LA GANGA! (Véase el anuncio).

YA PARECIÓ AQUELLO.

Quiero decir, que, según sospeché, varios periódicos han publicado la carta que el Sr. Conde Campello, Canónigo de S. Pedro de Roma, con la dotación de 800 duros mensuales, dirigió al muy reverendo Sr. Arcipreste de la gran Basílica, explicando los motivos que le obligaron á abjurar del Catolicismo, y pasarse, con armas y bagajes, al Protestantismo. ¡Qué carta, señores, qué carta! ¡Bien dice aquel refrán que dice: «No hay peor cuña que la del mismo palo!»

En su carta, espresa el Sr. Canónigo: Que si no hubiese sido por no causar disgustos al anciano Pontífice Pío nono, ya hace años que habría dado el salto: Que al ver que el Papa actual no es mejor que el otro, no ha podido contenerse, y se ha lanzado: Dice que el Catolicismo, siempre vencido, y siempre en lucha con la libertad y el progreso, hace de sus sacerdotes *una especie de casta india en medio de la sociedad moderna*: Que lo mismo que en los tiempos antiguos, se condenan hoy las opiniones de hombres sabios, y de sacerdotes virtuosos, que siempre la posteridad ha aplaudido, censurando así la desatentada conducta del Vaticano, la cual prueba que su odio al progreso es implacable, y además, una tiranía abominable, *por tender á ahogar la voz de los oprimidos, como en otro tiempo sofocaba los últimos sollozos de sus víctimas.*

También dice el bueno del Sr. Conde canónigo, que nunca hemos de ver la reconciliación de la Iglesia y del Estado, por la invencible terquedad de los gefes del Catolicismo, debido á la constitucion del sistema en que ha sido fundida la obra de Cristo, por la avaricia insaciable de los hombres, que con ella traen divididas, y en lucha, á las generaciones.

Sigue el Sr. Canónigo ensartando conceptos á cual mas interesante, hasta terminar diciendo: «Todos los hombres de buen sentido han de convenir en que cinco ó seis horas de inútiles ceremonias practicadas diariamente á la sombra de una iglesia, no constituyen mas que una *idolatría estúpida, y una ociosidad envilecedora.*»

Al dar á Vdes. cuenta de la abjura-

ción y apostasía del desdichado y muy reverendo, Sr. Canónigo, ¿no les dije que su acto era la espresion de mil perrierías contra nuestra buena y santa Madre la Iglesia? Pues ahí lo tienen ustedes; pero si leyesen toda la carta del nuevo protestante, verian ustedes que aun me quedé corto, al espresar lo que su abjuracion queria significar; porque eso de decir que la iglesia de Roma está en lucha perenne contra la libertad y el progreso; que condena en todos tiempos las opiniones de los hombres sabios y eminentes; contra los cuales, su odio es implacable, y su tiranía abominable; que la reconciliación de la iglesia y del Estado, es imposible por causa de la insaciable avaricia de los hombres que traen divididas las generaciones; y sobre todo, decir que las ceremonias practicadas por la iglesia, sobre ser inútiles, constituyen una estúpida idolatría, y una ociosidad envilecedora, es el colmo, el *non plus ultra* del descaro ex-canonical.

Si yo pudiese tener á mano al señor ex-canónigo de San Pedro, le cantaría unas cuantas verdades que no habrían de gustarle mucho. Entre mil otras cosas le diría: Sr. Canónigo de todos los diablos, ¿desde cuantos años acá, está Vd. convencido de ser verdad cuanto su merced ha consignado en su malhadada carta? Cuando menos, según de ella se desprende, Vd. lo sabia ya muy en vida del venerable Pío nono; y siendo esto así, ¿por qué no abjuraba Vd. entonces? ¿por no causar disgustos á un anciano, que, según Vd. dice, era como todos sus antecesores, un enemigo de la libertad y del progreso; un perseguidor de los sabios y de los hombres eminentes; un tirano abominable; un codicioso insaciable; un idólatra estúpido; y un ocioso envilecido? A mi no me la pega Vd., Sr. Canónigo. Vd. no abjuró en vida del Papa Pío nono, porque, apesar de estar Vd. convencido de ser cierto lo que ahora ha dicho en su carta, los negocios le marchaban al pelo; y siendo Vd. también, un avaro insaciable, ha esperado tener bien repleta la bolsa con el dinero pescado á los católicos, y ahora espera Vd. hacerla rebosar con las monedas de los protestantes, entusiasmados de la apostasía de Vd. Le digo, Sr. Canónigo, que es Vd. un peine de lo fino; ni mas, ni menos. Y sino, dígame: Si las ceremonias practicadas por la iglesia son inútiles, ¿por qué consumaba Vd. el santo sacrificio de la Misa? ¿por qué confesaba y absolvía? ¿por qué administraba Vd. los santos sacramentos? ¿por qué contribuía Vd. á engañar á los pobres pueblos, haciéndoles creer en la necesidad de concurrir á los sacramentos y á las ceremonias, según Vd., idolátricas y envilecedoras, que la iglesia practica y recomienda á sus fieles ovejas? ¿por qué? Porque todo ese juego, que ahora Vd. califica de farsa, de idolatría,

de ociosidad envilecedora, le valía 800 duros al mes. Y si hay, como es posible, otros sacerdotes católicos que opinan del Catolicismo como Vd., y no abjuran de él; son, como Vd. mismo ha sido, muchos años, embaucadores y farsantes envilecidos.

¡De modo, Sr. Canónigo Campello, que, si lo que Vd. espresa en su carta fuese cierto, las gentes, en lo sucesivo, no verian en el Sacerdote Católico, cuando celebra, otra cosa que un hombre disfrazado, que hace gestos y ceremonias inútiles, y que, en sus adentros, quizás se ríe de la estúpida idolatría de los espectadores! ¡Bravo, Sr. Canónigo, bravísimo! ¿Así se atreve Vd. á hablar del culto que le ha valido tantas consideraciones, tantos títulos, tanto prestigio, y tanto dinero? Que Vd. se hubiese dado de baja, podría pasar; ¡pero descolgárenos ahora, con que cuantos actos religiosos se practican en y por la iglesia, son inútiles, ociosos y estúpidos! Sr. Canónigo, á mas de lo dicho, es Vd. un grandísimo ingrato para con sus colegas que le han ayudado á llenar la bolsa; por mas que Vd. diga en su carta, con frases hipócritas, «que por la benevolencia con que siempre le han honrado, guardará de ella los mas gratos é imperecederos recuerdos.» ¿Y de ellos no? pues aquí está la ingratitud.

Y dígame Vd., Sr. Canónigo, ¿también han sido inútiles, y estúpidas, y envilecedoras, las absoluciones que ha dado Vd. á los moribundos, que en ellas veían las llaves del cielo?

Si esto fuese así, como Vd. lo afirma, nos habríamos lucido, como hay Dios, Sr. Canónigo.

¿Con qué la absolucion del sacerdote es inútil y estúpida; y tan tremenda afirmacion procedé de todo un Sr. Dr. en sagrada Teología?

¿Y de la sagrada partícula, que nos dice Vd. Sr. Canónigo? ¿Queda acaso reducida á una obleita buena tan solo, para pegar aleluyas á la pared? ¡Hereje! ¡Blasfemo! Ya las pagará Vd. todas juntas; no por el mal que se hace Vd. mismo, sino por las dudas que pueden levantarse en las conciencias católicas, que tengan conocimiento de la carta con que Vd. pretende justificar su apostasía.

Yo mismo, que nunca habia dudado de nada; al leer la carta de Vd., al considerar que antes que Vd., otros sacerdotes hicieron lo mismo, y aun algo peor de lo que Vd. ha hecho; y al tomar en cuenta los millones de hombres de todas clases y categorías, que del Catolicismo hacen mangas y capirotos, poniendo por el suelo sus mas augustas prácticas, ceremonias, creencias y preceptos; no he podido evitar que en mi interior se formulase una pregunta terrible, que me persigue y me dice: ¿Y si el Canónigo Campello, y con él la mayoría de la humanidad, tuviesen razon? Y héteme aquí atascado, y sudando de angustia.

De todo lo cual deduzco que para tener la Santa Fé, que la iglesia nos recomienda, lo mejor es no leer, ni saber nada mas que los libros que ella autoriza; porque desde el momento que ustedes lean historias y ciencias, y discurran, sentirán como la Fé se les sube al cielo, que es un pasmo.

Por esto dije el otro día, que la abjuracion del Sr. Canónigo Campello tiene muchísima más malicia de lo que á primera vista parece. Nunca podré perdonarle que haya hecho nacer dudas en mi conciencia; si bien, con verdad puedo decirlo, nunca las he tenido, ni las tengo, en materia religiosa, apesar de todos los Canónigos del mundo, protestantes y por protestar.

Otras, y otras cosas, le diría al Sr. ex-Canónigo; pero no quiero ocuparme mas de él, por tonto. ¡Renunciar una prebenda de 800 duros mensuales, cuando le era tan fácil, como en los tiempos de Pío nono, vivir fingiendo! Vamos, no merece perdon. Católicos ~~canónicos~~, que por 800 duros serian capaces de fingirse moros, y hasta de serlo de veras, y.... y.... y.... vayan ustedes prolongando las lies, sin temor de pecar.

Las dudas que el Sr. Campello ha despertado en mí, no son, como he dicho, sobre asuntos religiosos, sino sobre otra cosa, y es: Que cuando un hombre, aunque sea conde, y mas siendo canónigo, renuncia á 800 duros mensuales, manifiesta gran firmeza en sus convicciones, gran consecuencia en sus actos, y muchísima honradez, por consiguierte. Y todo esto, por lo raro.... vamos, me hace dudar; no puedo compaginarlo.

Post-data. No podremos en lo sucesivo negar la utilidad del Telégrafo-eléctrico, ni tronar contra tal invencion, desde el momento que Su Santidad lo emplea para remitir sus santas bendiciones á domicilio. Porque han de saber ustedes, que el Papa ha bendecido al Sr. don José María Carulla; quien, como recordarán ustedes, á imitacion de Pedro el Ermitaño, predica una Cruzada para que toda la Cristiandad, como un solo hombre, se alce en armas, y corra á libertar al Papa. Si yo tuviese la dicha de poder hablar á Su Santidad, le diría al oido: estas bendiciones, beatísimo señor etc. etc. y sobre todo no se valga de los hilos eléctricos para darlas: la balística es mejor. Y al impertérrito Sr. Carulla, creo que al oido tambien, le diría: hombre del siglo nono, por mal de Vd. nacido en éste, ¿no comprende Vd. que no están verdes, sino podridas? Déje Vd. de exhibirse así, porque ni Vd., ni todos los Ermitaños, lograrán conmovier el mundo por una causa, que si no fuésemos Vd. y yo, y unos cuantos mas, Créame Vd. Sr. Carulla, no sea que acabe Vd. sus días en un coniamio.

J. Escobet